

## LAS NARRATIVAS DE LA HISTORIA EN EL MARCO DEL BICENTENARIO

María Rosa Lojo  
CONICET - UBA - USAL

### 1. La novela histórica en la Argentina: tradición y retorno

La novela histórica no sólo representa una vieja tradición narrativa en la Argentina, sino que es, además, inaugural. La novela como género ficcional tarda en introducirse físicamente en estas tierras (primero a cuenta gotas y de contrabando, sorteando los Índices coloniales que desaconsejan e interceptan su lectura). También es mirada con desconfianza en los albores de la República, en tanto entretenimiento vano que puede sabotear, con sus peligrosos modelos, el orden que se pretendía instituir en la vida familiar y social de las nuevas naciones. Acorralada entre el prestigio de la poesía y la respetabilidad (y utilidad formativa e informativa) del discurso historiográfico y periodístico, la novela recurre al respaldo legitimador del relato histórico, a tal punto que se presentan al público en calidad de “históricas” (el caso de Amalia) ficciones en las que la distancia temporal con respecto a los hechos narrados en ellas no amerita en modo alguno tal calificación. Son, en todo caso, novelas “prospectivamente históricas”, pensadas y formuladas para ser leídas como tales por los lectores futuros.

La incipiente novela histórica se remonta a episodios de la época fundacional (como el de la cautiva Lucía Miranda, abordado en 1860 por dos escritoras, Eduarda Mansilla y Rosa Guerra), de la época colonial (*La novia del hereje*, de Vicente Fidel López), o, después de la caída de Rosas, trabaja –también “prospectivamente”– sobre el régimen rosista, que permanecerá estigmatizado y demonizado por mucho tiempo en el imaginario de la literatura.

En la primera mitad del siglo XX, dentro del marco de la estética modernista (con una obra cumbre, como *La gloria de don Ramiro* –1908– de Enrique Larreta) y de la estética realista, con las caudalosas producciones novelísticas de Manuel Gálvez y de Hugo Wast, entre otros autores y au-

toras, la novela histórica se mantendrá viva. Tanto en la novela modernista (con su refinado trabajo sobre el lenguaje) como en la más llana novela realista, los narradores, apoyados en la documentación que se consideraba probada, buscaron verosímiles reconstrucciones de época. En cuanto a la plataforma estética, las novelas inscriptas en el realismo siguen en muchos aspectos el exitoso modelo de Walter Scott: los personajes protagónicos son ficcionales, mientras que las grandes figuras históricas aparecen como hitos o anclajes referenciales pero sin ocupar el primer plano de la acción y la intriga novelescas. La voluntad de desplegar un completo fresco social que incluye clases altas y bajas, los retratos, la descripción, la técnica predominante del narrador omnisciente, son otros elementos del legado del autor escocés que se mantienen en esta prolífica corriente de la novela histórica argentina, sin el tipo de idealización propia del Romanticismo, y en ocasiones (desde un sesgo revisionista) con voluntad de análisis crítico de la línea historiográfica dominante.

Herederos de Larreta, Manuel Mujica Láinez elabora una obra singular de narrativa histórica (sin limitarse a la consideración del pasado argentino), caracterizada por las rupturas de la poética realista, los elementos metaficcionales y la complejidad de perspectivas. Abelardo Arias, inscripto en una línea revisionista en cuanto a la acción de los caudillos provinciales, anticipa, con doña Agustina Palacio de Libarona, la impresionante heroína de *Polvo y espanto* (1971), la revaloración del papel femenino que se dará en las próximas décadas; su obra póstuma *Él, Juan Facundo* (1995) reivindica al célebre caudillo riojano. Otro mendocino: Antonio Di Benedetto se coloca en la vanguardia de la narración histórica latinoamericana con *Zama* (1956), una novela que aúna la innovación literaria y la densidad existencial en la conciencia de su atormentado protagonista, don Diego de Zama. La única novela del gran poeta Enrique Molina: *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman* (1973), funde la investigación documental y la reflexión ensayística en una textura de alto vuelo lírico.

## 2. Nuestra novela histórica desde 1980 y la "nueva novela histórica"

A comienzos de los '80 aparecen entre nosotros ficciones sobre la historia nacional como *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, *Río de las congojas* de Libertad Demitrópulos, *Juanamanuela, mucha mujer*, de Marta Mercader. Estas obras exhiben las características constructivas que se han atribuido a la "nueva novela histórica", línea dominante en la novela hispanoamericana desde mediados del siglo XX, a la que responden

grandes autores del llamado *Boom*, desde Alejo Carpentier a García Márquez o Carlos Fuentes. Intertextualidad, conciencia metaficcional, polifonía, registro poético y oral (muy acentuado en el caso de Demitrópulos), voluntad de disolver estereotipos y mitificaciones escolares; por momentos, tratamiento paródico e irreverente de personajes, situaciones y tópicos (la parodia es más acentuada en el caso de Piglia), ponen en sintonía estas novelas argentinas con la nueva estética.

Estos textos marcan el comienzo de un *revival* doméstico de la novela histórica que iba a adquirir en la última década del siglo XX, dimensiones aluvionales. Abordables en conjunto como fenómeno cultural, más allá de la disparidad en los logros literarios y las propuestas narrativas, estas novelas suelen coincidir en tres rasgos reiterados que inciden directamente en cierta renovación y actualización de la memoria nacional: la "deconstrucción" de los "héroes oficiales" (es decir, de las figuras heroicas canonizadas por el aparato didáctico escolar), la "(re)invención" de las "heroínas", y la (re)instalación en el mapa histórico de aquellas etnias también constitutivas de nuestra sociedad que el imaginario oficial predominante prefirió borrar.

Importa señalar y eso haré a continuación, de qué manera esa literatura histórica revisa los orígenes de la Argentina y la conformación conflictiva de la nación-estado.

## 3. Los "héroes escolares"

Aquella historia con héroes de cetrería actuando en batallas sin barro, polvo y sangre, tan limpias que suelen estar más sucias, por lo menos con las 'chocolatas' de las peleas callejeras, las caras de los alumnos. (...) Es una historia cruel, particularmente con el general San Martín, que padecía de úlcera y tenía que recurrir al opio; la historia oficial se lo ha prohibido, por más que entonces era el único calmante. Es que ningún héroe argentino ha tenido dolores, ni se ha calentado con una china ni le ha jugado una onza a una carta.

Esa historia tal como se enseñaba en mi infancia tenía todo el opio que se le niega a San Martín y así los chicos preferían saber la de otros países, mucho más entretenida, por humana. La historia extranjera terminaba por gustarnos más que la nacional porque ésta había sido escrita *ad usum delphini* y partiendo del supuesto de que el delfín era un idiota". (Jauretche 2001, 246-47).

En este delicioso libro de memorias: *Pantalones cortos*, el ensayista Arturo Jauretche (1901- 1974) evoca la enseñanza escolar de la que él mismo fue objeto en los años clave del primer Centenario de la Revolución de Mayo. Neo-nacionalista, enrolado en la corriente crítica con respecto a la historiografía liberal pero también opuesto al llamado “nacionalismo de derecha”, cerradamente conservador, de otros sectores, Jauretche, desde su posición, no pretende que los próceres de la Historia argentina (entre ellos el “intocable” por excelencia, José de San Martín) dejen necesariamente de serlo (por más que acumule objeciones contra Mitre o Rivadavia, figuras entronizadas en el Panteón liberal). Sí aspira, en cambio, a restituirles su “condición heroica” en el sentido clásico y antiguo del término.

Para la mitología griega, cabe recordar, los héroes participan tanto de lo divino como de lo humano. Son superiores al hombre común, pero mortales. Tienen debilidades (el “talón de Aquiles”), que los distinguen de los dioses invulnerables. En la Argentina, empero, el aparato didáctico (especialmente en la enseñanza primaria y la media) supo instaurar un verdadero “culto laico” de los héroes patrios, de los fundadores de la Nación, que se empeñó en eludir un componente esencial de la heroicidad: el lado humano. No para identificarlos con lo titánico y desmesurado, con las fuerzas cósmicas, sino, antes bien, para hacerlos entrar en la cárcel austera de una moral puritana, reducida no pocas veces a moralina. Semejante proceso despojó a estas figuras fundadoras de carnadura, de verosimilitud, y por supuesto, de interés para los escolares. Esa misma concepción del héroe, dice Jauretche, es la que transformó a una personalidad rebelde, talentosa, desahogada y turbulenta, como la de Sarmiento, en el “niño modelo” de la leyenda escolar.

¿Cómo empieza –cabe preguntarse– esta operación simplificadora? Hay cierto consenso en atribuir tal “normalización” de los héroes a la planificación y los currículos escolares que surgen alrededor del Centenario. La historiadora Diana Quattrochi-Woisson apunta a concepciones como las de Ricardo Rojas (*La Restauración Nacionalista*) o la de Juan P. Ramos (“La escuela y la nacionalidad”, *Historia de la Instrucción Primaria en la Argentina, 1809-1909*). Éste último aboga por la necesidad de “instaurar en la escuela el culto patriótico, el culto a los símbolos y a los héroes de la Patria,....hacer retener los hechos, las fechas y los nombres de nuestra historia nacional” (Quattrochi Woisson 1998, 41). Este culto se instrumenta en 1908, sobre una resolución inspirada por Pablo Pizzurro, que impone un minucioso ritual, un coherente despliegue de íconos, gestos y actos significativos: lectura de los hechos heroicos, efemérides

del día, coro patriótico, himno a la bandera, conmemoración de todas las fechas patrias, visita al museo histórico, visita a todo tipo de monumentos y reliquias, retratos y cuadros de los héroes en las escuelas, concursos de composición, de lecturas y recitaciones de textos y temas patrióticos. Tal programática un tanto abrumadora se explica, en el momento en que surge, por la necesidad de homogeneizar y “nacionalizar” a los novísimos argentinos que iban naciendo y creciendo en el gran mosaico de lenguas, culturas y colectividades que por aquel entonces era nuestra sociedad. El servicio militar obligatorio (instaurado en 1904) sirvió para completar la “argentinización” más o menos compulsiva, lo mismo que el culto a los próceres a través de una estética estatuaria y monumental en plazas, parques, y edificios públicos (Bertoni 2002).

#### 4. Un cuerpo para los próceres

Algunas veces, las novelas históricas publicadas en la Argentina a partir de 1980 fueron elaborados exponentes de la llamada “nueva novela histórica”, con sus juegos de multiperspectiva, su parodización de la “historia oficial”, su relativización de la “verdad” sobre el pasado, su ruptura de la mimesis realista, etc. Pero aun en muchos otros casos, que no supusieron una renovación estética o conceptual, hubo un “giro representativo” en el que casi todos los autores coincidieron y que marcó ciertamente una diferencia en la percepción del lectorado mayoritario: 1) con respecto al culto escolar de los héroes, que los había convertido en figuras planas, despojadas de su concreta y falible humanidad, de errores políticos y morales, de traiciones o defecciones. 2) con respecto al tratamiento de la intimidad, de las pasiones, del cuerpo, sujeto del erotismo (expresado ahora, desde luego, en un lenguaje libre y a veces crudo, impensable en los paradigmas estéticos anteriores), y objeto también de las degradaciones de la enfermedad y la vejez.

Un elemento novedoso fue la revelación, para todo público, de entretelones de la vida privada de los próceres, que no eran desconocidos en los estudios especializados, pero que no se habían divulgado antes en libros de tan amplia demanda y circulación. A mediados de los años noventa, y a partir del éxito notable de las novelas de María Esther de Miguel (*La amante del Restaurador* –1993–, *Las batallas secretas de Belgrano* –1994–) se intensifica el *revival* del relato histórico y avanza el proceso de “humanización” heroica. Precisamente en la última de las dos obras men-

cionadas se hace hincapié en la complicada vida sentimental del creador de la bandera, que fue padre de dos hijos ilegítimos.

Sobre San Martín, el “padre de la patria” por antonomasia, han proliferado las biografías, y las biografías noveladas. Una de ellas, *Don José*, de José Ignacio García Hamilton (2000), se colocó en el filo del escándalo al difundir masivamente una versión, circulante en la tradición de la familia Alvear (y sostenida hoy por algunos otros investigadores, como Hugo Chumbita) según la cual San Martín habría sido hijo ilegítimo de Diego de Alvear, y de una aborígen guaraní. Esta hipótesis –que ya era desde antes conocida y que nunca fue probada– trastorna, empero, otro “cuerpo”: el de la nación misma. Si bien la conjetura no es actual, su impacto se potencia y se expande, porque vulnera con un golpe simbólico, en un nuevo escenario propicio, cierta teoría sobre la fundación y la composición de la patria: el “imaginario blanco” de una Argentina propensa a borrar su raíz indígena. Precisamente, otra de las características compartida, en general, por las novelas históricas a partir de 1980 es la reaparición, en ellas, de las etnias no blancas (aborígenes o afroargentinas) ocupando papeles que exceden el mero “telón de fondo” (Lojo 2006 y 2007).

La idea de que la historiografía liberal (con Mitre a la cabeza) ha sido la culpable de la presunta “deshumanización” de San Martín como héroe, resulta eficazmente desmentida por la tesis de Martín Kohan (2005, 170-71). Lejos de ser un adalid indiscutido para muchos de sus contemporáneos, San Martín, sin embargo (apunta Kohan), sobrevive a las disputas y trasciende todas las críticas parciales. Su figura –convertida en el paradigma del “héroe nacional”– recoge finalmente el consenso de todos los sectores. La necesidad de “humanizarlo” es ya –dice Kohan– parte de su propio mito y a ella no escapan las novelas y ensayos. Algunos de éstos, como los de Juan Bautista Sejean (1997 y 2000), podrán poner en duda la lealtad de las conexiones del Libertador con el Imperio Británico (y serán desmentidos por otros, como Rodolfo Terragno). Las novelas trabajan el campo de la vida privada, bien para recordar las versiones sobre amores extramatrimoniales de San Martín o de su esposa Remedios (Puente 2000 y 2001) o para recuperar aspectos menos “amables” de la personalidad sanmartiniana, como su condición de “feroz guerrero”, reivindicada abiertamente por Jorge Fernández Díaz (2008) en tanto eje constructivo de su personaje.

El giro representativo se encarna con otras figuras clave: las que más insistentemente se han invocado en la escuela como paradigmas de moral intachable. Una de ellas es Sarmiento, pedagogo ejemplar por antonomasia,

obligadamente venerado por tantas generaciones de jóvenes argentinos. El “niño bueno” de la enseñanza oficial al que se refiere Jauretche, recupera su dimensión de desmesura, de incorrección, de exuberancia. Basta mencionar el título de otra biografía novelada *Cuyano alborotador* (1997), de José Ignacio García Hamilton; propuesta que en cierto modo se complementa con la biografía (no novelada) *Aurelia Vélez, la mujer que amó a Sarmiento* (1997) de Araceli Bellotta, que descubre para el gran público la figura lúcida de Aurelia Vélez, operadora política, compañera intelectual y amor clandestino y perdurable. Por el mismo carril biográfico, aunque con recursos ficcionales, discurre *Sarmiento y sus fantasmas* (1997), de Félix Luna, que enfrenta al prócer, de persona a persona, con odios y amores en su lecho de muerte. En un extremo –de la ficcionalización y la irreverencia– se sitúa la novela *Montevideo* (1997), de Federico Jeanmaire, donde lo que importa no es la (casi inexistente) investigación histórica sino la construcción de una psicología muy distinta de la proyectada por la hagiografía escolar. Este Sarmiento, deslumbrado en Montevideo por la madura fulguración erótica de Mariquita Sánchez, es un personaje vulnerable y conmovedor, acompañado por su fealdad y adorador de las bellas, que les envidia secretamente la apostura física y la abundancia capilar a sus dos grandes adversarios: Juan Manuel de Rosas y Juan Facundo Quiroga.

Otro prócer que adquiere un espesor carnal jamás imaginado antes es José María Paz, el héroe apolíneo, de formación filosófica, ensalzado por Sarmiento frente a Juan Facundo Quiroga (aunque su figura empalidece ante el gran personaje titánico que, mal de su grado, fascina al autor). Fuente histórica directa para acceder a la vida y obra de Paz son sus propias memorias póstumas: un extenso relato donde este hombre instruido, de apreciables dotes narrativas, habla de su acción militar y política y abre apenas la puerta de su vida privada, jalonada sobre todo de amarguras y desdichas: la prisión que comparte voluntariamente con él su joven esposa Margarita Weild, la muerte de algunos de sus hijos, el fallecimiento por fin, de Margarita misma, recordada como “una compañera fiel”, “una amiga sincera”, “una compañera fiel y querida” (Paz 2000, II, 124, 245). Quizás por esas parquedades, uno de los escritores que vuelve sobre su imagen elige titular su obra *Mis olvidos. Lo que no dijo el general Paz en sus Memorias* (1998). Esta novela de Dalmiro Sáenz, estructurada en nueve capítulos, comienza en el momento en que José María Paz va a caer prisionero, en manos de los hombres del caudillo santafesino Estanislao López y concluye con su noviazgo en la cárcel. El general Paz, hombre de pensamiento, devoto de la razón (aunque su profesión sea matar, 123)

lucha inútilmente contra la "poesía" cuyos artifices son los caudillos y que se define como el lenguaje del cuerpo y de las emociones, la belleza soberbia de los gestos del coraje que se ejecutan sobre el vacío inagotable de la pampa, desde la altura de los caballos de combate que son para el jinete una prolongación de su cuerpo mismo. Como Platón, Paz quiere expulsar a los poetas de la República para que, en efecto, haya República. Por eso, sostiene, es necesario sacrificar la épica, puesto que los héroes y los poetas son la misma cosa. Cuando se inmola la vida por defender una idea "la idea toma la forma del gesto que la defendió y la idea desaparece y se convierte en poesía" (149) De todas maneras Paz, que razona todas sus batallas y mata primero sobre el papel, no escapará a la ley de la poesía y transformará también su destino en una lenta inmolación heroica.

Prisionero, hace de la mesa de madera de su celda, llena de marcas y cicatrices, un verdadero mapa del territorio soñado de la pampa, en el que es, ahora, un nómada preso. En un mundo intensamente físico, donde la crueldad y el desamparo de la guerra despiadada castigan, implacables, al cuerpo sufriente y lo llevan a los límites de lo soportable, vive el suyo sobre todo en dos dimensiones polares: la del escarnio y la humillación y la del amor y el erotismo. Ninguna de ellas, por cierto, está registrada de esa manera en las *Memorias*.

*Ese manco Paz* (2003) de Andrés Rivera, aborda a Paz en otro período de su vida: la proximidad de su muerte después de la caída de Rosas, cuando -viudo, solo y pobre- pasa sus días en Buenos Aires, desengañado de los unitarios y afligido por las luchas de partido y los personalismos que siguen fragmentando la Argentina, muy lejos aún de la República soñada. No faltan las constancias, tanto en las *Memorias* como en cartas personales, del enorme dolor que supuso para Paz perder a Margarita (Bellotta 1999, 221-22), ni tampoco de su conciencia sobre los sufrimientos de su mujer (entre ellos, la muerte de cinco de sus hijos) y las privaciones a las que la había arrastrado, fuera y dentro de la prisión que compartieron. La desolación, la culpa y la desilusión política invaden al personaje de Rivera, acorralado entre la lenta experiencia del desamparo y la degradación del cuerpo y el amor persistente por aquella a quien ha traicionado con otra esposa implacable: la guerra: "*Paz, usted está casado con la guerra, no conmigo. Y la guerra, Paz, es una esposa de vida eterna*".

El viejo Paz -el inválido, también, de las emociones, que antes se negaba al llanto- ahora se abandona a las lágrimas y al duelo: porque ha sacrificado y postergado el cuerpo vivo de la mujer querida, y porque su

propio cuerpo, deteriorado, frágil, torpe, se ha convertido en estatua para los ojos de los vencedores que no merecen la sangre derramada por ellos.

## 5. La invención de las heroínas

En la Argentina de la primera mitad del siglo XIX, la de la independencia, la anarquía y las guerras civiles, las mujeres reales no siempre entran en los tradicionales estereotipos de género, que las condenaban a la pasividad doméstica. Para estos esquemas, los rasgos propios del héroe, positivamente valorizados en los sujetos masculinos (agresividad, curiosidad, creatividad, poder revolucionario de *cambiar* o *instaurar* la realidad), se evaluaban como malsanos si aparecían en ellas, a las que se les adjudicaban los roles de la reproducción y la conservación.

Aunque no hablaban aún (salvo excepciones) por sí mismas, como sujetos plenamente autónomos, las mujeres históricas ejercieron una acción eficaz dentro de una cultura que todavía no separaba rigidamente lo público de lo privado, el hogar del trabajo y de la política. Este papel múltiple y activo fue olvidado (o borrado) con el auge de la que Pedro Barrán (1990 y 1991) llama "sensibilidad civilizada" (a partir de 1860) y que, paradójicamente, inicia una etapa de mayor represión y domesticación femeninas. En un orden que implicaba modernización y secularización institucional, así como la extendida educación pública, sin embargo la "nueva cuadrícula burguesa" acentúa el sometimiento jurídico de las mujeres colocándolas en el rango de eternas menores de edad, sometidas a la tutela y administración de sus cónyuges (Código Civil de Vélez Sársfield -1871-, Ley del Matrimonio Civil -1889-) y obstaculiza su ingreso a la vida profesional y política. Las mujeres desaparecen por bastante tiempo del escenario público y pasan a ser figuras ornamentales, decorativas, desprovistas de toda energía, como recuerda Lucía Gálvez en su libro *Las mujeres y la patria* (2001).

Muchas novelas históricas de los últimos años, la mayoría de ellas firmadas por autoras, se proponen -con dispar resultado documental y estético, pero con una intencionalidad común- la tarea de reinventar la intervención femenina en la Historia, en el ámbito doméstico y también en el extra doméstico, en el mismo campo de los héroes varones, durante la etapa de la fundación nacional. Desde el punto de vista de la actividad femenina podría dividírselas en dos clases: las que podríamos llamar "novelas de rol excepcional", donde ellas aparecen instaladas en pleno espacio público, fuera de la domesticidad, desempeñando actividades o papeles que no

eran bien vistos para su género, o en situaciones jerárquicas que sólo podía ocupar un pequeño número. La segunda clase correspondería a las novelas de "rol habitual": el de las que—dentro de las distintas clases sociales—hacen lo previsible, lo que se espera de ellas: esposas, madres, hermanas, organizan la familia, reinan en la intimidad del espacio privado. Novelas de "rol excepcional" son, por ejemplo: *La Peñalosa. Una pasión armada*, de Marta Merkin (1999), que da voz y cuerpo a Victoria Romero, la esposa de Ángel Vicente Peñalosa, el Chacho, que guerreó junto a él en sus campañas. *Martina, montonera del Zonda* (2000), de Mabel Pagano, hace lo propio con la legendaria Martina Chapanay, montonera, rastreadora, baqueana, y eventual salteadora. Son varias las biografías y novelas sobre las mujeres de la familia de Rosas, que sostuvieron, desde los salones, la trama del poder político (el estudio biográfico *Mujeres de Rosas*, de Sáenz Quesada, la novela *María Josefa Ezcurra*, de Carmen Verlichak; la biografía *Encarnación Ezcurra*, de Vera Pichel, la novela *La princesa federal*, de María Rosa Lojo, sobre Manuela Rosas). Vuelven bellas e intrigantes amantes y cortesanas como Ana Perichon de Vandeuil, *alias* la Perichona (*Ana y el virrey*, de Silvia Miguens), o *Manuela Sáenz, la Libertadora* (*La gloria eres tú*, también de Silvia Miguens), que conforman el "poder detrás del poder". Emergen las actrices destacadas (*Trinidad Guevara*, de Carmen Sampredo), las pioneras y co-gobernadoras (la María Vernet de *Nostalgias de Malvinas*, de Silvia Plager y Elsa Fraga Vidal), las escritoras audaces que rompieron con su vida, con su obra, o con ambas, los moldes establecidos: Juana Manuela Gorriti en *Juanamanuela, mucha mujer*, de Marta Mercader, Eduarda Mansilla en *Una mujer de fin de siglo* de María Rosa Lojo, o Juana Manso (poeta, novelista y educadora de avanzada) en *Cómo se atreve. Una vida de Juana Paula Manso*, de Silvia Miguens.

Sin embargo, aun en las novelas "de rol habitual", las mujeres domésticas, implicadas en el flujo de la Historia, terminan saliendo del sagrado recinto del hogar y el gineceo hacia la visibilidad del espacio público o los riesgos de la intemperie. Así lo ejemplifican obras como *Lorenza Reynafé*, de Mabel Pagano o *La patria de las mujeres*, de Elsa Drucaroff.

Y no sólo se trata, por lo demás, de pura acción en todas estas novelas. Hay otra meta narrativa, aunque no siempre lograda: el despliegue de la experiencia interior de los sujetos femeninos. Algo que resulta una asignatura pendiente, salvo casos aislados, en la literatura nacional, más allá de la calidad de los autores. La voz de Eduarda Mansilla inauguraba ya este lado en sombras de la épica con su gran novela de 1869: *Pablo, o la vida en las Pampas*.

## 6. Etnias negadas y olvidadas

La narrativa histórica es también el espacio donde se oye la voz de otras identidades étnicas y culturales que, borradas en un determinado momento del imaginario de la nación, se resisten a desaparecer. Indígenas y afroargentinos retornan para recordarnos que siempre estuvieron, y que siguen estando, imbricados en el mestizaje plural que constituye la nacionalidad en su proceso formativo.

El proceso de borramiento tiene lejanos orígenes. La literatura de la etapa fundacional argentina constituida luego como canónica, produjo, en general, imágenes demonizadas de los aborígenes, y muchas veces, imágenes envilecidas y animalizadas de los afroargentinos. En la segunda mitad del siglo XIX la figura del indio (el enemigo en la guerra de la frontera interna) suele cargarse de todos los vicios y deformidades, hasta quedar prácticamente fuera de la condición humana (Biagini 1980, 47-103). Pueden exceptuarse el singular abordaje de Lucio Victorio Mansilla (*Una excursión a los indios ranqueles*, 1870) y la mirada de las escritoras: Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti, Rosa Guerra, dispuestas, aun con matices y oscilaciones, a otra visión de los pueblos originarios y las seducciones -fundacionales- del mestizaje (Lojo 2005, 43-63).

Si los aborígenes, en líneas generales, son considerados como "el otro", no como integrantes del cuerpo social a constituir (salvo por breves períodos, en los albores de la independencia), algo similar (aunque no tan extendido) ocurre con los afroargentinos en la percepción de la cultura letrada, sobre todo en los estereotipos literarios bestiales y repulsivos que legaron autores canónicos como Esteban Echeverría y José Mármol. En particular las mujeres negras, que detentan bajo el rosismo una poderosa influencia política, implican, para esta perspectiva, una irritante subversión de las jerarquías, no ya únicamente las raciales sino también las de género. Estos elementos sólo podrían ser útiles en el cuerpo social, como meros instrumentos o máquinas de servicio, en el caso de mantenerse bajo el control de los amos ilustrados. También en este caso la mirada de las escritoras decimonónicas marca una diferencia, ya que introduce personajes afroargentinos individualizados, no necesariamente bondadosos o ideales, pero sí de una consistente entidad personal.

En las dos últimas décadas del siglo XIX se consolida el imaginario "civilizado" de una Argentina que se expande sobre el llamado "Desierto" (luego de la expulsión y/o el exterminio de sus primitivos habitantes), y se desdibujan, por la aniquilación física o simbólica, los elementos de la

Argentina originaria. La ideología positivista en boga considera decididamente como rémoras o “restos” indeseables a estas razas supuestamente inferiores que debieran desaparecer cuanto antes para dejar lugar a una nueva república moderna de cuño básicamente europeo, según la sueñan incluso los socialistas como José Ingenieros en su *Sociología argentina*, que excluye de la tradición y del imaginario nacional todo lo colonial, lo indígena, lo africano, lo mestizo.

Aunque buena parte del ensayo del siglo XX, desde figuras pioneras como las de Ricardo Rojas y Manuel Ugarte (Lojo 2004 I, 311-28), irá rescatando estas raíces, los elementos no “blancos” o “blanqueados” de la “argentinidad” continuaron siendo percibidos en el imaginario social (particularmente en el imaginario rioplatense de las clases medias) como elementos exóticos, alejados en el tiempo y en el espacio, que sólo podían aceptarse en la medida de su distancia y de su falta de actualidad: collas pintorescos del altiplano, guaraníes de las misiones jesuíticas, negritas pasteleras de la Colonia, legendarios malones aterradores. No bien la Argentina de piel oscura resurge en la historia presente, se reproducen las reacciones de temor y negación hacia el “otro” amenazante, evaluado, no como ciudadano/a y compatriota, sino como advenedizo e invasor. En los años '60, signados por el descubrimiento de la literatura de las provincias—más allá del “nativismo” o del “regionalismo”—como “literatura nacional”, y por la visualización del “interior” mestizo, criollo, es paradigmático el libro de Germán Rozenmacher, *Cabecita negra* (1961), que presenta magistralmente los prejuicios dominantes en la pequeña burguesía.

La ficción histórica de las últimas décadas ha dado un paso importante en la recuperación de estos elementos etno-culturales. En lo que hace a los aborígenes, se ha expandido y profundizado la tematización de lo aborigen, dentro de configuraciones y comunidades culturales de distintas áreas del país y con diversos grados de integración a la sociedad hegemónica. Pueden citarse, entre otras, las novelas de Adolfo Colombres (*Karai, el héroe*), Laura del Castillo (*Borrasca en las clepsidras*), referidas al área guaranítica; las de Eduardo Belgrano Rawson (*Fuegia*), Sylvia Iparraguirre (*La tierra del fuego*), Leopoldo Brizuela (*Inglaterra, Los que llegamos más lejos*—relatos—) en torno a las etnias vencidas y/o extinguidas de la Patagonia austral; otras novelas del mismo Colombres sobre el Tucumán (*Portal del paraíso, Territorio final*). Las culturas pampeanas, mapuches y ranqueles, retornan en textos de Pedro Orgambide, del citado Brizuela, y de quien esto escribe (*La pasión de los nómades, Finisterre*) Los afroargentinos, por su parte, resurgen con fuerza, como sujetos agonistas

y deuteragonistas, ya desde la memorable Inucha, servidora y compañera de la escritora Gorriti en *Juanamanuela, mucha mujer*, de Marta Mercader (1980), o desde el amigo de Castelli, Segundo Reyes, ex esclavo y capitán de los ejércitos del Alto Perú, en *La revolución es un sueño eterno* (1987) de Andrés Rivera, así como en obras de otros autores: Pedro Orgambide, Cristina Bajo, Ana Gloria Moya, Elsa Drucaroff (Lojo 2006).

## 7. Conclusiones. En el marco de la globalización y el Bicentenario

No es casual, entiendo, que en la década del '90 se viviera un gran auge de mercado no sólo de la ficción histórica sino de las narrativas de la Historia en un sentido amplio: la historiografía académica, la divulgación histórica, las ediciones de rescate. Es en esta década, a partir del nuevo orden político y económico instaurado por el menemismo, cuando empiezan a experimentarse con intensidad conjunta el impacto de la llamada “globalización asimétrica”, la amenaza consiguiente de una (re)colonización económica (o la profundización de un estado de dependencia ya existente), la pérdida de patrimonio nacional, tanto material como simbólico. Lejos de cierto gusto por la evasión que podría achacarse a la narrativa histórica de los países hegemónicos, la búsqueda del conocimiento del pasado para entender las crisis del presente, ha sido entre nosotros la función predominante de las ficciones inspiradas en una historia que nunca se percibió como (positivamente) concluida. Sueños y derrotas, violencia y devastación, jalonaron décadas de vida política aplastada por proscripciones y dictaduras cada vez más feroces hasta los años ochenta, y la democracia no trajo por cierto el fin de otro terror: el económico.

La “enfermedad identitaria” o la “identidad acomplejada” que en buena parte nos define, entró en una crisis que por un momento se creyó terminal durante las convulsiones del 2001 y 2002. El comienzo de siglo y de milenio parecía indicar, desdichadamente, el fin de la Argentina como nación autónoma y soberana. No obstante, esa nación sobrevivió para conmemorar un Bicentenario de la Independencia, en un marco latinoamericano que aspira cada vez con más fuerza a la integración continental soñada por Bolívar y por Alberdi, donde muchas transformaciones de la realidad convalidan la agenda temática que la reciente novela histórica finisecular supo colocar sobre el tapete. Las mujeres, hoy sujetos políticos de pleno derecho, han llegado en Chile, en la Argentina (y más recientemente en el Brasil) a la más alta magistratura nacional. Los pueblos originarios, secularmente relegados y marginados, obtienen—como en el caso

de Bolivia— una representación mayoritaria, a través de un presidente y del parlamento. Las historias de los héroes fundadores se ven menos indiscutibles. Porque fueron seres humanos, desde luego, y porque tampoco basta el haber construido repúblicas. Lo que cuenta es hacerlas también para todos los ciudadanos y ciudadanas, en un marco de igualdad de derechos y de oportunidades.

Nuestro país de dos siglos es sin duda infinitamente perfectible. Pero ha renacido y se ha fortalecido en direcciones que son ya políticas de Estado, más allá de los signos partidarios de uno u otro oficialismo. Como la política de derechos humanos que, desde Raúl Alfonsín y la CONADEP de Ernesto Sábató, aun con sus fallidos conceptuales y sus retrocesos, quedó instalada como la condición *sine qua non* de la futura vida democrática, y que hoy, felizmente, vemos aplicarse con todo el peso de la ley y hasta sus últimas consecuencias. Después de un cuarto de siglo bajo un régimen democrático, después de haber superado la que se consideró como la peor crisis de nuestra historia (o al menos de nuestra historia como país constituido), la Argentina bicentenaria que todo un pueblo celebró en las calles de manera espontánea y sin un solo acto de violencia, sigue existiendo con esperanzas. Es la tierra a la que muchos están retornando en vez de refugiarse, como antes, en los países desarrollados que hoy sufren sus propios conflictos sociales y económicos.

Un país no se define sólo por su pasado, sino ante todo por su capacidad de generar un proyecto de futuro, de pactar una comunidad de valores y de objetivos. Las narrativas de la Historia que tanto interés han despertado y despiertan revisan ese pasado para imaginar un porvenir que se desea y se proyecta mejor que el pasado. Sin matanzas, torturas, secuestros, coacciones, ni perseguidos políticos. Sin dolorosas disparidades de género y clase, sin humillados ni ofendidos de ninguna especie. La primera vocación de la Independencia fue la libertad. La segunda, siempre postergada, nunca del todo cumplida, y sin la cual toda libertad resulta incompleta, es la equidad, la justicia. Tal es el verdadero sueño de los héroes y heroínas de nuestro tiempo, ciudadanos varones y mujeres, tanto los hijos de los barcos como la gente de la tierra, que toca realizar en una épica cotidiana.

#### NOTAS

1. Algunas obras históricas de Wast (cuyo verdadero nombre era Gustavo Martínez Zuviría): *Tierra de jaguares*, *La corbata celeste*, *Lucía Miranda*, *El jinete de fuego*, *La casa de los cuervos*. Muy leído en su tiempo y hoy olvidado, existe una

áspera polémica en torno a su nombre y obra por el cariz antisemita de algunos de sus libros.

2. Hay una línea importante, muy relacionada con la narrativa histórica y a veces perteneciente a ella, que es la llamada “literatura de la inmigración”. En ocasiones la vida de los personajes se imbrica fuertemente con los procesos del contexto histórico-político (*Frontera Sur*, de Horacio Vázquez-Rial) pero no siempre sucede así. En otras oportunidades, la historia se desliza hacia lo íntimo de los recuerdos de familia, sin perder por ello valor literario, aunque sí cambia el registro narrativo (por ejemplo, *Músicos y relojeros*, de Alicia Steimberg). Por razones de espacio y pertinencia, no incluiré esta vertiente (la literatura de la inmigración) en el presente trabajo.

3. Beatriz Sarlo (1998, 9-92) ha expuesto, desde la voz de una maestra normal, las intenciones y los efectos de este “proceso de argentinización” desarrollado por la escuela.

4. Hugo Chumbita es autor, entre otras obras, de *Jinetes rebeldes*, donde ya se refiere a la tesis del origen mestizo de San Martín (2000, 41) y de *Hijos del país* (2004) donde la reitera. Ha sostenido una polémica sobre el particular con la historiadora Patricia Pasquali (ver Suplemento Literario de *La Gaceta* de Tucumán, 18 de marzo 2001, contratapa).

5. “La raíz negada”, la llama María Sáenz Quesada en un difundido ensayo histórico (2001, cap. 1). En este sentido interpreta el carácter revulsivo de la hipótesis (que San Martín termine siendo “un cabecita negra”) el ensayista Norberto Galasso (2000, 19).

6. De este autor pueden mencionarse dos libros, también sobre su relación con Inglaterra (1998 y 2009). Terragno expresa la preocupación de que el empeño por negar todo defecto humano en San Martín, haya llevado a la exageración contraria, hasta llegar a convertirlo en un espía inglés (“El falso San Martín”. *Revista Debate*, 20 de agosto de 2004. [http://www.terragno.org.ar/vernota.php?id\\_nota=435](http://www.terragno.org.ar/vernota.php?id_nota=435). Consultado el 12.07.10)

7. Ver el reportaje “El San Martín inesperado” (*Revista La Nación*, 02.11.10). Puede localizarse en la web: [http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota\\_id=1064097](http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1064097) (consultado el 12.07.10).

8. Así señala en las *Memorias*, Tomo II (2000, 247): “Mucho tuve que luchar para vencer la resistencia de mi esposa, si puede llamarse vencimiento una forzada conformidad. Es éste el único punto en que durante su vida me manifestó una tenaz oposición, y tanto más fundada cuanto que, al aceptar mi proposición de matrimonio, algunos años antes, me había exigido la promesa de renunciar una carrera que había envuelto en desgracias toda la familia. Todo lo desoí para correr nuevos peligros y hacer algunos más ingratos.”

9. Abordé esta cuestión en los capítulos sobre Echeverría y Mármol que se incluyen en mi libro *La ‘barbarie’ en la narrativa argentina* (siglo XIX) (Lojo 1994).

10. En la vasta obra de Gorriti, los negros están mirados con menor simpatía que los aborígenes, pero tanto en sus novelas como en las de Juana Manso se condena

duramente la esclavitud. Por otra parte, si las esclavas incurren en traición a sus amas, suelen hacerlo con el propósito de obtener la libertad para sus hijos. Cabe señalar que, así como en los textos de Echeverría y Mármol, las figuras más repugnantes son las de las afroargentinas mujeres, en los de Gorriti sucede lo inverso: las mujeres son compadecidas por su condición de objeto de deseo para los amos blancos, y cuanto hacen para preservar a sus hijos (incluidos aquellos que son fruto de la violencia) se comprende y se justifica.

11. María Rosa Lojo (2004 I, 311-28).

## OBRAS CITADAS

Crítica, biografía, memorias

- Barrán, Pedro. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura "bárbara" (1800-1860)*, Tomo I, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, y *El disciplinamiento (1860-1920)*, 1990 y Tomo 2, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1991.
- Bellotta, Araceli. *Aurelia Vélez, la amante de Sarmiento*. Buenos Aires: Planeta, 1997.
- . *Margarita Weild y el general Paz. Un amor heroico*. Buenos Aires: Planeta, 1999.
- Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: F.C.E., 2002.
- Biagini, Hugo. *Cómo fue la generación del 80*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1980.
- Chumbita, Hugo. *Jinetes rebeldes*. Buenos Aires: Ediciones B, 2000.
- . *Hijos del país: San Martín, Yrigoyen y Perón*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Galasso, Norberto. *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. Buenos Aires: Colihue, 2000.
- Gálvez, Lucía. *Las mujeres y la patria. Nuevas historias de amor de la historia argentina*. Buenos Aires: Norma, 2001.
- Iparraguirre, Sylvia. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Alfaguara, 1998.
- Jauretche, Arturo. *Pantalones cortos*. Buenos Aires: Corregidor, 2001.
- Kohan, Martín. *Narrar a San Martín*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.
- Lojo, María Rosa. *La 'barbarie' en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires: Corregidor, 1994.
- . "La raíz aborígen como imaginario alternativo". En: Biagini, Hugo, y Roig, Andrés(Eds.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Identidad, utopía, integración. Tomo 1: 1900-1930*. Buenos Aires: Biblos, 2004. 311-28.
- . "Escritoras argentinas del siglo XIX y etnias aborígenes del Cono Sur". *La mujer en la literatura del mundo hispánico*, Ed. Juana Alcira Arancibia. Co-

lección "La mujer en la literatura hispánica". V. VI. Westminster: Instituto Literario y Cultural Hispánico de California, 2005. 43-63.

- . "El retorno de las identidades étnicas borradas en la nueva narrativa histórica argentina". *Hispanismo. Discursos culturales, identidad y memoria*. Nilda Flawiá de Fernández y Silvia Israilev eds. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2006. 66-77.
- . "La ficción histórica como memoria crítica y resistencia". *Tercer Encuentro Provincial de Escritores Entrerrianos*. Concepción del Uruguay: Universidad Nacional de Entre Ríos, 2007: 11-26
- Paz, José María. *Memorias póstumas I y II*. Buenos Aires: Emecé, 2000.
- Quattrochi-Woisson, Diana. *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina (2ª reimpresión)*. Buenos Aires: Emecé, 1998.
- Sáenz Quesada, María. *Mujeres de Rosas*, Buenos Aires: Planeta, 1991.
- . *La Argentina. Historia del país y de su gente*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Sarlo, Beatriz. *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel, 1998.
- Sejean, Juan Bautista. *San Martín y la tercera invasión inglesa*. Buenos Aires: Biblos, 1997.
- . *Prohibido discutir sobre San Martín*. Buenos Aires: Biblos, 2000.
- Terragno, Rodolfo. Maitland & San Martín. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- . *Diario íntimo de San Martín. Londres, 1824. Una misión secreta*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.

Novelas y biografías noveladas desde 1980

- Arias, Abelardo. *Él, Juan Facundo*. Buenos Aires: Galerna, 1995.
- Belgrano Rawson, Eduardo. *Fuegia*, Buenos Aires: Sudamericana, 1991.
- Brizuela, Leopoldo. *Inglaterra*. Buenos Aires: Aguilar, 1999.
- . *Los que llegamos más lejos*, Buenos Aires: Alfaguara, 2002.
- Colombres, Adolfo. *Portal del Paraíso*. Buenos Aires: Losada, 1983.
- . *Territorio final*. Buenos Aires: Torres Agüero, 1987.
- . *Karai, el héroe. Mitopopeya de un zafio que fue en busca de la Tierra Sin Mal*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1988.
- Del Castillo, Laura. *Borrasca en las clepsidras*. Buenos Aires: Suae Editio Gentis, 1980.
- Demitrópulos, Libertad. *Río de las congojas*. Buenos Aires: Sudamericana. 1981.
- Drucaroff, Elsa. *La patria de las mujeres. Una historia de espías en la Salta de Güemes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- . *Conspiración contra Güemes. Una novela de bandidos, patriotas, traidores*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- Fernández Díaz, Jorge. *La logia de Cádiz*. Buenos Aires: Planeta, 2008.

- García Hamilton, José Ignacio. *Cuyano alborotador. La vida de Domingo Faustino Sarmiento*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.
- . *Don José, la vida de San Martín*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Jeanmaire, Federico. *Montevideo*. Buenos Aires: Norma, 1997.
- Lojo, María Rosa. *La pasión de los nómades*. Buenos Aires: Atlántida, 1994.
- . *La princesa federal*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- . *Una mujer de fin de siglo*. Buenos Aires: Planeta, 1999.
- . *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- Luna, Félix. *Soy Roca*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989.
- . *Sarmiento y sus fantasmas*. Buenos Aires: Atlántida, 1997.
- Mercader, Marta. *Juanamanuela, mucha mujer*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.
- Merkin, Marta. *La Peñalosa, una pasión armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Miguel, María Esther. *La amante del Restaurador*. Buenos Aires: Planeta, 1993.
- . *Las batallas secretas de Belgrano*. Buenos Aires: Planeta, 1994.
- Miguens, Silvia. *Ana y el virrey*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- . *La gloria eres tú*. Buenos Aires: Planeta, 2000.
- . *Cómo se atreve*. Una vida de Juana Paula Manso. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- Orgambide, Pedro. *Historias imaginarias de la Argentina*. Buenos Aires: Atril, 2000.
- Pagano, Mabel. *Lorenza Reynafé o Quiroga, la barranca de la tragedia*. Buenos Aires: Ada Korn, 1991.
- . *Martina, montonera del Zonda*. Buenos Aires: Vergara, 2000.
- Pichel, Vera. *Encarnación Ezcurra. La mujer que inventó a Rosas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Piglia, Ricardo. *Respiración artificial*. Buenos Aires: Pomaire, 1980.
- Plager, Silvia y Fraga Vidal, Elsa. *Nostalgias de Malvinas, María Vernet, la última gobernadora*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Puente, Silvia. *Remedios de Escalada. El escándalo y el fuego en la vida de San Martín*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- . *Rosita Campusano. La mujer de San Martín en Lima*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Rivera, Andrés. *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: GEL, 1987.
- . *Ese manco Paz*. Buenos Aires: Alfaguara, 2003.
- Sáenz, Dalmiro. *Mis olvidos. Lo que no dijo el general Paz en sus Memorias*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Sampedro, Carmen. *Trinidad Guevara, la favorita de la escena porteña*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Verlichak, Carmen. *María Josefa Ezcurra. El amor prohibido de Belgrano*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

## LA RELACIÓN LITERATURA / VIOLENCIA DESDE EL ENFOQUE ONTOLÓGICO DE ERNESTO SÁBATO

Marcela Crespo Buiturón

Universidad de Buenos Aires / Universidad del Salvador / CONICET

No es el hambre, el amor, la ira ni el miedo, la fuente de nuestros males, sino nuestra propia naturaleza. Ella es la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.

León Tolstoi, *El origen del mal*.

### La humanidad camina hacia la autodestrucción

Discutida, tematizada, practicada y combatida, la violencia se ha convertido progresivamente en un fenómeno omnipresente en la literatura latinoamericana de las últimas décadas, sin dejar de tener, sin embargo, claros antecedentes no sólo en épocas precedentes, sino en literaturas de otros ámbitos geográficos. Con interminables discusiones acerca de su origen, que van desde su vinculación —en el planteo marxista— con la posesión/alienación de la propiedad privada, pasando por su consideración desde la filosofía sartreana como producto de la carencia de medios de subsistencia, y desembocando en su interdependencia con la noción de cultura y civilización por parte de pensadores tales como Solfsky, entre otros muchos enfoques posibles sobre el tema, la problemática de la violencia ha disparado numerosos cuestionamientos y un laberinto de reflexiones en torno a sus múltiples formas de elaboración estética.

Concretamente, en América Latina y en la Argentina, en particular, la tematización de la violencia ha dejado huellas ostensibles en su literatura. De ahí aseveraciones como las de Ariel Dorfman en su obra *Imaginación y violencia en América*: "Decir que [...] la novela hispanoamericana refleja esa preocupación se advierte en cada página escrita en nuestro continente" (9).

Desde autores ya largamente canonizados como Echeverría o Sarmiento, los escritores argentinos han transitado por los derroteros de la violen-